

de alabanza, deseando que todo grano de arena del mar, y toda hoja de los árboles que pueblan los bosques, sean otros tantos Ángeles que le alaben; ofreciéndole una y mil veces, con el más encendido fervor del corazón, las alabanzas que esos Espíritus bienaventurados le están actualmente cantando en la gloria del cielo: 7.º, suspiros de amorosa aflicción, de compasión y reparación de las ofensas con que su amor es injuriado, su majestad ultrajada, su bondad menospreciada, y defraudada su gloria divina, digna ciertamente de perpetuos loores. Es verdad, ya lo veo, que semejantes afectos son, digámoslo así, aspiraciones y manifestaciones de la misma santidad; pero no exigen las austeridades que nos espantan, ni aquellas operaciones y dones sobrenaturales de los cuales huimos, ora por desfallecimiento, ó bien por humildad. ¡Cuánto no podríamos, pues, hacer, y á qué poca costa, en favor de la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas, aprovechándonos de todos los riquísimos tesoros é ingeniosas invenciones del amor divino hasta aquí recomendadas en la presente obrita!

SECCION VI.

Santos y DEVOTA CLASE MEDIA de fieles cristianos.

Si examináis cualesquiera Santos de la Iglesia, vereis que todos ellos están adornados de seis cualidades, que son las que constituyen su santidad:—1.ª, obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia: 2.ª, celo encendido por la gloria de Dios: 3.ª, susceptibilidad exquisita por los intereses de Jesús: 4.ª, vehemente solicitud por la salvación de las almas: 5.ª, amor intenso y abrasado de sufrimientos, de penitencias ó asperezas voluntarias, acompañadas de terribles pruebas interiores y purgaciones pasivas del espíritu, como llaman los místicos: 6.ª, favores y regalos sobrenaturales de oración, dones extraordinarios y obras milagrosas. Ahora bien; por lo que hace á la primera de estas cualidades, es decir, la obediencia á los mandamientos de Dios y preceptos de la Iglesia, inútil es que nos ocupemos de ella, y así, pongámosla á un lado, pues que todos tenemos la obligación de poseerla; de lo contrario, no alcanzaríamos

nuestra salvacion eterna. Respecto á la quinta, esto es, al amor intenso de sufrimientos y austeridades voluntarias, juntamente con las susodichas pruebas interiores y las purgaciones pasivas del espíritu, menester es confesar ingenuamente, que no la sentimos, y que, ora por humildad, ó bien por cobardía, hasta huimos de ella; y como una consecuencia de semejante alejamiento, paréceme que no ha de habernos cegado el amor propio de tal manera, que nos sea imposible ver cómo la sexta cualidad se encuentra léjos de nosotros, y muy por encima de nuestras aspiraciones actuales. Restan, pues, solamente las cualidades segunda, tercera y cuarta, que son, digámoslo así, un término medio entre las prácticas que un fiel cristiano tiene obligacion de cumplir, si ha de alcanzar su salvacion eterna y las sublimes alturas donde moran los Santos; cuyas cualidades parece que está en nuestra mano el apropiárnoslas, puesto caso que no se requieren para hacerse uno con ellas, aquellas asperezas voluntarias que nos espantan, ni las alturas sobrenaturales de la oracion, las cuales se encuentran fuera del alcance de nuestra vista; y digo más, que ciertamente es una singular consolacion: el embeleso de los Santos, la hermosura, la

esencia de su santidad, permítasenos la expresion, consiste más bien en estas tres cualidades, que se hallan á nuestro alcance, y no en las dos alturas susodichas, á que no nos atrevemos á aspirar.

Pues bien; las personas devotas, adornadas con esas tres cualidades, es decir, celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvacion de las almas, abundan en los paises católicos durante las épocas de paz, y son en la Iglesia lo que las clases medias para la prosperidad del Estado, —no sus héroes, mas, si, su vida, su fuerza, su grandeza, su poderío y su independencía. Semejante clase media de fieles cristianos, celosos de la gloria de Dios, susceptibles por los intereses de Jesús y solícitos de la salvacion de las almas, son, como llevo dicho, frutos de los tiempos de paz y de reposo; y en épocas de persecucion, cuando la tempestad arrecia, no dejarán de salir de su seno millares de mártires: los Santos, esas creaciones espirituales de una vida interior, pertenecen á otro órden de cosas. Es, pues, evidente, que en tiempos de calma y de paz, nuestra principal obligacion consiste en aumentar esta clase media de fieles; de lo contrario, seríamos unos miembros tan secos é inútiles, é inspira-

ríamos tan poco interes á nuestros hermanos, que jamás nos cabria la suerte de convertir á aquellos que viven en pecado mortal ó fuera del gremio de la Iglesia, ni moveríamos, lo cual es todavía de más importancia, á un solo cristiano á amar á la muchedumbre de nuestros pobres queridos, ni á tomarse por esos infelices un interes generoso y perseverante. Es asimismo evidente, que el demonio está grandemente interesado en disminuir el número de dicha clase media devota de fieles cristianos, para cuyo intento se vale en particular de dos astucias: primera, ridiculizando la devocion por medio de nombres denigrativos, induciendo á los hombres á llamarla mera extravagancia, ilusion, fanatismo, simple niñería, exaltacion propia de convertidos, mojigatería, neo-misticismo y otros nombres por el estilo: la segunda astucia que pone en juego para disminuir la devota clase media de fieles cristianos, consiste en inducirles á aspirar demasiado alto en la vida espiritual, á emprender ejercicios devotos que sobrepujen el alcance de sus débiles fuerzas, á que se aficionen á libros místicos, á que corran y vayan en pos de milagros y portentos, á hacer votos indiscretos, á tentar á Dios, cargándose con una multitud de oraciones; y luego que llegan á derre-

tirse sus alas de cera con el cansancio y el disgusto que él ha inspirado en sus ánimos por medio de semejantes extratagemas, caen en la más simple y mera observancia de los preceptos, y no raras veces, aun más bajo todavía.

El objeto de la presente obrita no es sino trazar á grandes rasgos un cuadro de esta devota clase media de fieles cristianos; exponer como en perspectiva el género de vida que observan, y exhibir modelos de su devocion. A la multiplicacion de dicha clase media fué á lo que especialmente se dedicó en Roma San Felipe Neri, y, en realidad, esta es la obra principal que el siervo de Dios encargó á sus hijos, llevasen á cabo; sin embargo, yo no digo que sea la obra exclusiva de los oratorianos, porque, en tal caso, perderíamos nuestro derecho á la muchedumbre de queridos pecadores que sin cesar se están agolpando en derredor nuestro, dulcemente atraídos al olor del nombre del Santo y al cebo de su pequeño apostolado. Si, pues, deseais ser unos Santos como otro cualquiera de los canonizados que veneramos en nuestros altares, este libro mio no es entonces para vosotros: os podrá acompañar, ciertamente, un largo trecho en la carrera de la santificacion; pero es menester que vosotros le

dejeis atras, y que paseis adelante, continuando el viaje que habeis emprendido; más aun: nunca me habria ocurrido el pensamiento de escribir la presente obrita, si exclusivamente hubiese tenido que destinarla para vosotros. En efecto, vosotros debeis conocer cosas secretas que ella no contiene; y solamente quien ha subido á la cumbre de la perfeccion cristiana, trepando por escarpadas sendas y ásperas laderas, es el único que puede descubriros los secretos escabrosos de la cuesta. Mi libro es un mapa de los caminos fáciles del amor divino, los cuales están más elevados que los llanos, y libres del polvo que en estos reina; pero no tan altos, que lleguen á elevarse sobre la region de las odoríferas flores, de los árboles frondosos, de los bosques sombríos, y de la frescura de las cristalinas aguas de fuentes y arroyos que alegres murmuran en el florido Abril. Si alguna vez habeis leído la Vida de San Felipe, quizá tengais todavía presente lo que en ella se cuenta de aquel sujeto, que, deseando llegar á ser un Santo, se imaginó que nuestro glorioso Patriarca le estaba arrastrando por entre abrojos y espinas. Yo bien quisiera, que todos nosotros tuviésemos valor bastante para arrostrar y hacer frente á los espinosos matorrales que se ofrecen en cier-

tas vias de la santificacion; mas no sucede así, y en su consecuencia, inútil es ensayar el ser buenos en teoría. El amar á Dios, sin embargo, es una gran cosa; amarle más y más cada dia, es una obra que envuelve mayor excelencia; inducir á los demas á que le profesen semejante amor, es una accion de tanta grandeza, que excede todo humano encarecimiento; causando en nuestro ánimo un asombro indecible de alegría, siempre lleno de frescura y novedad, ver que Dios tiene la dignacion de permitirnos ejecutar una maravilla tan estupenda, á pesar de ser quienes somos.

No vayais por eso á suponer que yo desdeñe las prácticas de mortificacion, así internas como externas; que una vez adquirido el amor afectivo, conceptúe ya innecesario el amor efectivo; que crea que la mortificacion interior puede dispensar de la obligacion de las penitencias corporales y demas asperezas de la carne, á aquellos que aspiran á la perfeccion: mi obrita no es ciertamente una *Suma de teología ascética*; mas no veo, en verdad, que haya ninguna necesidad de arrastrarnos, digámoslo así, por los suelos, por no poder levantarnos alto. Algunos escritores espirituales rigoristas consideran el amor afectivo, como si fuese poco

ménos que una ilusion, ó á lo sumo, un mero servicio de afectos fervorosos de la voluntad; pero semejante lenguaje es, cierto, temerario, atrevido, excesivamente duro y desagradable á Dios y á la Iglesia. Convengó en que no debemos contentarnos con el simple amor afectivo; que es menester nos adelantemos á mortificar nuestras desordenadas pasiones, y á trabajar y sufrir; mas de aquí no se sigue que el mero amor afectivo no sea bueno en sí mismo; y digo más: entre católicos es imposible que semejante amor no sea otra cosa más que un culto de afectos. Ya llevo demostrado á la larga, y la teología nos lo hace ver muy por extenso, que llegan á ser muy sólidas las prácticas del amor afectivo, y aun casi pudiera decirse que lo son inevitablemente; así es que no sin razon puede uno dudar si existe algun amor meramente afectivo, el cual es tambien el camino que nos conduce al efectivo; y téngase asimismo en cuenta, que aspirando á poseer exclusivamente uno solo de los dos amores, raro es el caso que no perdamos entrambos. Sé que existen muchas personas que han resuelto el no llegar á ser Santos: si Dios estuviese enojado contra semejantes sugetos y les imputase á culpa su pusilanimidad; si Jesucristo les volviese la

cara y no les contase en el número de los suyos, ninguna necesidad tendríamos entónces de tomarnos un vivo interes ni molestarnos para nada en beneficio suyo; pero Dios y Jesucristo no se conducen con ellos de esta manera, y en su consecuencia, no sin razon podemos afectuosamente suplicarles que consideren, que si no quieren ser Santos, no amarán en tal caso hasta el Calvario á nuestro Señor dulcísimo, á ménos que no se entreguen á la crucifixion. Hé aquí, pues, un sentimiento que llegará bien presto á ser nuestro, tocándonos muy al vivo, luego que nuestro pobre corazon, avergonzado de sus debilidades y flaquezas, nos descubra que tambien nosotros somos del número de esa muchedumbre de almas pusilánimes, pero de recta y sana intencion, que componen la grey de nuestro generoso y bondadoso Señor y Salvador del mundo.

Aunque es mi tema favorito estar constantemente abogando por la gloria de Dios y el servicio del amor, no es ninguna doblez mia el atacaros ahora con argumentos sacados de vuestros propios intereses: tengo la seguridad de que muchos no estais contentos con vosotros mismos; que deseais amar á Dios con mayor fervor, y hacer más por Jesús; que suspirais por salir de

ese estado de tibieza, de frialdad, de sequedad é indignidad, con que hasta hoy habeis correspondido á los favores divinos; que anhelaís tener mayor libertad de espíritu; que sentís más vivos afectos en la religion, y que sois más sencillos y familiares con los intereses del cielo: no ignoro estais convencidos de que el servicio del amor tiene en favor suyo al sentido comun; que ahora comprendéis que el andar á medias medidas con Dios, no os hace dichosos ni santos, y que existe además, en el fondo de vuestro corazon, cierta mano oculta que os va atrayendo hácia Dios y solicitándoos á ejecutar cosas mejores. Pues bien; ved ahora lo que los susodichos actos de Alabanza y Deseo obrarán en vuestro favor: desterrarán al mundo de vuestro corazon, y os inducirán á mirar sus placeres como objetos vanos y despreciables: inspirarán en vuestra alma una serie de ideas y de conceptos, de afecciones y de simpatías enteramente diferentes de aquellas que ántes abrigabais: os harán tan fácil la práctica de la presencia de Dios, que será altamente deliciosa para vuestro espíritu: os resolverán un sinnúmero de casos de conciencia elevándoos repentinamente á una atmósfera más pura y serena, donde las dudas y dificultades en cuestion llegarán á desvanecerse como por encanto: obrarán en vuestros gustos un cambio completo, haciéndoos intolerables la tibieza, frivolidad y disipacion. Los Ángeles, en la mañana de Resurreccion, fueron objetos indiferentes para Santa María Magdalena, pues lo que ella estaba entónces buscando, era á Jesús, Esposo amado de su alma; y sino, ¿qué sensacion causaron en el ánimo de esta sierva de Dios la hermosura, y los rostros bellisimos y celestiales, y el vistoso y hechicero ropaje de esos Espiritus bienaventurados?—habian llevado á su Señor, y no sabia dónde le habian puesto. El hortelano asimismo, segun la frase galana de San Francisco de Sales, solamente la recordaba imágenes de flores, siendo así que tenia ella su cabeza llena de clavos, espinas y cruces; y apénas salió él á su encuentro, al punto expresa Magdalena el pensamiento que embargaba las potencias de su alma:—«*Señor, si tú le has llevado de aquí, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré.*» Los tres reyes magos atravesaron precipitadamente la ciudad de Jerusalem: la Córte, solo causó en sus ánimos tedio y disgusto; no podian hallar reposo y descanso más que en la estrella detenida sobre el establo de Belen, donde se encontraba el Niño recién nacido. La esposa dió con los guardas que ron-

cerse como por encanto: obrarán en vuestros gustos un cambio completo, haciéndoos intolerables la tibieza, frivolidad y disipacion. Los Ángeles, en la mañana de Resurreccion, fueron objetos indiferentes para Santa María Magdalena, pues lo que ella estaba entónces buscando, era á Jesús, Esposo amado de su alma; y sino, ¿qué sensacion causaron en el ánimo de esta sierva de Dios la hermosura, y los rostros bellisimos y celestiales, y el vistoso y hechicero ropaje de esos Espiritus bienaventurados?—habian llevado á su Señor, y no sabia dónde le habian puesto. El hortelano asimismo, segun la frase galana de San Francisco de Sales, solamente la recordaba imágenes de flores, siendo así que tenia ella su cabeza llena de clavos, espinas y cruces; y apénas salió él á su encuentro, al punto expresa Magdalena el pensamiento que embargaba las potencias de su alma:—«*Señor, si tú le has llevado de aquí, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré.*» Los tres reyes magos atravesaron precipitadamente la ciudad de Jerusalem: la Córte, solo causó en sus ánimos tedio y disgusto; no podian hallar reposo y descanso más que en la estrella detenida sobre el establo de Belen, donde se encontraba el Niño recién nacido. La esposa dió con los guardas que ron-

daban la ciudad, y tambien tenia el corazon en sus labios:—*¿Habeis visto por ventura al que ama mi alma?*

Así es que semejantes actos de Alabanza y Deseo nos trasforman en hombres enteramente nuevos: somos todo para el cielo; aun la muerte cambia de aspecto: todas las cosas parecen fáciles, cuando son por Jesús, todas agradables, siendo escalones que nos acerquen á Él; y á pesar de eso, ¡cuán pocos sienten de la misma manera! Declarando cierta persona al P. Domingo, religioso pasionista, cuya memoria es tan cara para no pocos de nosotros, que temia el juicio particular, arrasáronse en lágrimas los ojos del siervo de Dios, y exclamó, segun lo tenia de costumbre:—*¡Oh! pero cuán dulce y regalado ha de ser el ver por primera vez la sagrada Humanidad de Jesús!* Hé aquí los frutos de la Alabanza y el Deseo. No podremos ser nosotros ciertamente, bajo este concepto, todo lo candorosos que deseáramos; pero en mano nuestra está acercarnos á tan delicioso modelo, por medio de las ingeniosas invenciones del amor divino; podemos llegar á esta agradable simplicidad de la Esposa:—*Mi amado para mí, y yo para Él, quien apacienta el ganado entre las azucenas, hasta que llegue á romper el dia, y*

las sombras huyan. ¡Sí! efectivamente, ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan! ¡hasta que rompa el dia, y las sombras huyan!

SECCION VII.

Prácticas de Alabanza y Deseo.

1.º Mi primer ejemplo, relativo á las prácticas de Alabanza y Deseo, está tomado nada ménos que de un libro tan autorizado como la *Raccolta de Indulgencias*. Contiene esta *Coleccion* una especie de guirnalda ó ramillete de actos de amor divino, á los cuales concedió el Papa Pio VII, en 1818, cierto número de indulgencias: extractaré unos cuantos de aquellos que ilustran el presente asunto de que me estoy ocupando, y son los siguientes:—Deseo, Dios mio, veros amado por todo el mundo. ¡Oh qué dicha la mia si, derramando mi sangre, lograra que todos los hombres os amasen! ¡Venid, criaturas todas, y amad á mi Dios! ¡Oh Dios mio, pluguiera al cielo que yo tuviese mil corazones con que amaros, ó que poseyese los corazones de todos los hombres para que con ellos os pagase este rico tributo del amor! ¡Di-